

## LA DINÁMICA DE LOS CENTRO DE ECONOMÍA MUNDIAL

Por **Jorge Swartzer**

Sin duda, José Agustín ha realizado un tremendo esfuerzo de síntesis para condensar los problemas claves de la evolución mundial en una exposición por demás breve. Como es inevitable en estos casos, la necesidad de resumir lleva a que le dé escasa o ninguna importancia a ciertos temas y que otros queden con una presentación que puede resultar confusa para el lector. Pero ese problema -que vale también para mi comentario- creo conveniente reducir mi exposición a solo dos o tres puntos sobre los que, quizás, tengamos algunas diferencias de criterios con respecto al autor de la moción. En todo caso, no se trata de profundizar diferencias sino de presentar algunos temas en tono polémico para que dé lugar a una discusión que nos parece imprescindible; sólo con un gran esfuerzo teórico los intelectuales podremos cubrir la brecha creciente que separa a nuestros modelos de la vertiginosa evolución que registra nuestro tiempo y seremos capaces, tal vez, de adelantar opiniones sobre el futuro.

Para entrar rápidamente al tema diré que tengo la impresión de que José Agustín enfatiza de manera distinta que yo algunos aspectos que me parecen claves y que comentare en lo que sigue. Se me ocurre que su exposición enfatiza demasiado, a mi juicio, el papel de las superpotencias y que, en peligrosa compensación, enfatiza la reacción mundial frente a aquellas hasta calificar la etapa actual como de transición al socialismo, lo cual sólo parece creíble en el larguísimo plazo; además, considero que minimiza demasiado las consecuencias del proceso iniciado por la OPEP y que exagera -respecto a mis opiniones- el papel del proceso de transnacionalización sobre la economía mundial. Trataré estos puntos en forma igualmente sintética, dados los problemas de tiempo de seminario, aun a riesgo de que algunas ideas queden, inevitablemente, distorsionadas por el resumen.

### LA EVOLUCIÓN DE LAS SUPERPOTENCIAS

A mi entender, la imagen de las dos superpotencias como las únicas líderes y decisoras, en última instancia, de la evolución mundial se apoya en el hecho real de su tremenda capacidad destructiva que se magnifica por la imagen proyectada de su evolución en los últimos 15 a 20 años. En efecto, cuando se toma un período algo más largo, se aprecia una tendencia a la diversificación de centros antes que a la concentración en dos de ellos. Para demostrarlos, trazaremos la evolución de los países centrales en la posguerra a través de una secuencia de imágenes separadas entre sí por una década cada una. No nos interesa tanto el año en sí como la evolución entre un período y otro para que se pueda percibir la dinámica del cambio.

**1947** Con las mayores naciones agotadas y destruidas por la guerra los Estados Unidos aparecen como una potencia mundial de dimensiones colosales. Son los únicos que poseen poder nuclear aun cuando su potencial económico-industrial les basta prácticamente para dictar su ley al mundo. La Unión Soviética era entonces un enemigo de segundo orden en términos planetarios porque no contaba con un desarrollo industrial y tecnológico capaz de oponerse al gigante norteamericano. Su poder militar apenas desbordaba sus fronteras en el lado europeo y su mayor esfuerzo se dirigía a la reconstrucción y desarrollo de una sociedad desangrada por la guerra.

**1957** El lanzamiento al espacio del primer Sputnik sacude la opinión pública mundial y señala la consolidación de una nueva potencia. La Unión Soviética ha avanzado a pasos de gigante en el área nuclear y espacial mientras consolidaba su aparato productivo. Desde entonces comienza la carrera con los Estados Unidos en condiciones que tienden a emparejar fuerzas a pesar de la considerable distancia que los separaba inicialmente.

Ese mismo año avanzan las conversaciones para forjar el Mercado Común Europeo que dará paso a un nuevo despertar del Viejo Continente. Japón exhibe una leve mejoría de su situación gracias a los impactos derivados de la guerra de Corea pero nadie le asigna por entonces posibilidades de futuro.

**1967** La consolidación de las potencias europeas es un hecho. Francia y Gran Bretaña desarrollan armas atómicas y proyectiles espaciales y, junto con Alemania, compiten audazmente con los Estados Unidos en el mercado mundial. Japón con una década de crecimiento a tasas del orden del 10% comienza a perfilarse como una potencia mediana.

**1977** Alemania y Japón son dos potencias mundiales de hecho y derecho, con enorme participación en la producción industrial del mundo, así como en el comercio y la inversión internacional. Su industria desaloja a las empresas norteamericanas de numerosas zonas -incluido el propio mercado interno yanqui- y su voz se alza con fuerza en todos los foros internacionales. El MCE, aunque todavía no consolidado como una unidad política, representa una fuerza mundial de envergadura.

Mientras tanto, China demuestra su capacidad mediana con el estallido de bombas nucleares y el progreso en la coherencia. Superada la Revolución Cultural, el país inicia un proceso de rápido desarrollo industrial que lo llevará -sin duda- a una posición de privilegio en pocos años más.

**1987** Ese año pertenece todavía al futuro pero no es difícil de definir algunas tendencias generales. China será una nueva potencia mundial y habrá otras dos naciones compitiendo por el futuro desde su papel de potencias emergentes. Pensamos en

el Irán y Brasil, apoyados el primero en el petróleo y el segundo en su población y dinámica que le ha permitido en los últimos años avanzar "a la japonesa".

Este rápido resumen señala varias consecuencias importantes para nosotros. En primer lugar, que en periodos históricamente tan breves como una década se ha llegado a producir cambios considerables en la estructura económica mundial. Esta evidencia debería llevar a posiciones muy cautelosas en cuanto a la percepción de un congelamiento en la evolución de las condiciones actuales; lo probable parece ser antes el cambio que el "statu quo".

El desarrollo de centros de poder alternativos no significa que estos pueden competir con las superpotencias en todo pero de ninguna manera pueden ser considerados "dependientes" o "secundarios"; las recientes discusiones sobre el sistema monetario mundial señalan el enorme peso económico de algunos países frente a los Estados Unidos y permite diseñar una nueva constelación en las relaciones de poder mundial. La conocida y reciente tesis del "equilibrio pentagonal", por otra parte, no es más que la expresión a nivel político de las profundas transformaciones producidas en el mismo seno de la estructura económica del planeta.

En otro orden de temas, conviene destacar que el desarrollo no se ha producido solo en países con régimen socialista. Por el contrario, los progresos más rápidos se dieron en economías claramente capitalistas. Y esto vale para los más grandes, como Japón y Alemania, así como para la constelación de los que se ubican en segundo lugar, tales como España y Corea del Sur. Cabe reconocer, entonces, que el capitalismo ha dado muestras ciertas de vitalidad en los últimos años; esas muestras son puntuales y acotadas, es cierto, pero no por eso menos impactantes. De manera que parece difícil caracterizar la etapa actual como de transición del capitalismo al socialismo en sentido histórico cuando, en rigor, se aprecian procesos de florecimiento del capitalismo.

Esto no implica una defensa del capitalismo como tal sino un análisis de sus posibilidades como régimen histórico. Pero, por supuesto, el capitalismo se desarrolla en medio de una anarquía inevitable y presenta potencialidades peligrosas para el porvenir de la humanidad de continuar evolucionando espontáneamente. El tema nos lleva a un rápido repaso de la crisis actual.

## EL FIN DEL PERÍODO DE AUGE

Lo cierto es que el mundo vivió tres décadas de auge desde la posguerra que parecen irremisiblemente agotadas aunque se sigan produciendo procesos de desarrollo parcial. En esas tres décadas, justo es reconocerlo, el motor del auge fueron los Estados Unidos. Fue la amplitud de su mercado la que alentó la instalación de grandes plantas en Europa Occidental y Japón para abastecer a los clientes norteamericanos. La arremetida exportadora de ambas zonas se apoyó en las posibilidades existentes en los Estados Unidos que dio paso así a su formidable desarrollo. Es cierto que, con el tiempo, sus mercados internos crecieron a ritmo vertiginoso, pero podría decirse que el impulso inicial vino de afuera.

Ahora el mercado norteamericano está agotado y las posibilidades de continuar el desarrollo de otros países por esa vía es remota. En todo caso, servirá para algunas de las "plataformas exportadoras" como Hong Kong o Singapur pero no para países de tamaño mediano susceptibles de convertirse en potencias.

El problema que se plantea es el de quien motorizará ahora el crecimiento de la economía mundial. Para los Estados Unidos la respuesta es clara: debe ser Alemania y Japón a quienes les exige que abran sus mercados a los productos extranjeros. Para éstos, en cambio, se trata de encontrar un nuevo equilibrio por otras vías, que no les represente un costo de esa magnitud. La solución no se ha alcanzado todavía y eso explica buena parte de los desequilibrios de la economía mundial en los últimos años, que se tradujeron especialmente en el plano monetario pero que no despreciaron variantes como las guerras comerciales encaradas con una energía sin precedentes.

Hay una cierta posibilidad de salida en la demanda de algunos países medianos en crecimiento. El aumento de precios logrado a partir de 1963 por la OPEP concedió a un grupo de países petroleros un poder de compra inusitado en el mercado mundial. De esos países hay algunos de tamaño medio que están demandando equipos sofisticados y maquinaria del tipo que pueda alentar a la industria de los centros más desarrollados; pensamos especialmente en Irán y, en menor medida, en Venezuela o en Nigeria y, a mediano plazo, en México, que promete convertirse nuevamente en importante productor de petróleo. Por razones distintas debe mencionarse a Brasil, cuya demanda de equipos representa ya en algunos sectores mecánicos y siderúrgicos una fracción apreciable de la fuerza mundial de equipos e instalaciones.

No parece que esos países sean capaces, por sí solos, de dinamizar nuevamente la economía mundial, pero difícilmente sean despreciados como mercado por los países centrales en las actuales condiciones recesivas. El efecto contradictorio de esta conjunción de intereses entre países desarrollados y algunos en desarrollo es que el crecimiento de los últimos va a generar a largo plazo nuevos competidores en la arena mundial continuando con el proceso de fraccionamiento del poder que antes se concentraba en un par de superpotencias.

El tema no es baladí. Irán ya tiene uno de los cinco ejércitos más importantes del mundo y se plantea el control de la mayor parte de los países del Golfo Pérsico que considera ligados a su área de influencia. Ya hubo y hay tropas iraníes actuando en otros países como fuerzas de avanzada para los intereses locales. Y esas tropas y esa política exigen un rápido desarrollo industrial del Irán. Lo mismo ocurre con los otros países mencionados en fenómenos que tienden a recrudecer a medida que el poder financiero alcanzado por los países de la OPEP se transforma parcialmente en poder económico y militar.

Esta tendencia a la dispersión acelerada del poder se produce, como decíamos en un período en que parece haber finalizado el proceso de auge continuado de la guerra. La perspectiva más probable es que la coordinación entre las cada vez más numerosas potencias capitalistas se haga crecientemente difícil. La dificultad de conciliar criterios e intereses opuestos va a agravar el relativo desequilibrio de la economía mundial, introduciendo factores de anarquía y caos mucho más sensibles que los conocidos anteriormente.

Las posibilidades de una crisis de envergadura se ven acuciadas por esta convergencia de situaciones producida casi independientemente de la voluntad de las grandes potencias.

Conviene precisar en este punto dos aspectos finales sobre la cuestión de la OPEP. En primer lugar, que no fue su acción la que provocó la crisis mundial. Ella estaba ya germinando aceleradamente y el incremento de los precios del petróleo no hizo más que sacarla a la luz. Para comprobarlo, basta con seguir la evolución de los problemas monetarios en los primeros años de la década del setenta, o las discusiones comerciales entre las potencias, o la disminución ostensible de su ritmo de crecimiento *antes* de que aumentara el precio del petróleo.

En segundo lugar que el petróleo no convertirá en potencia a todos los países que los poseen. Una potencia es una combinación de progreso económico con una base poblacional y espacial que permita su articulación y expansión. Irán, con 25 a 30 millones de habitantes, puede plantearse la posibilidad de ser una potencia intermedia; Kuwait, Qatar, a pesar de sus ingentes ingresos petroleros. Por eso mencionamos a México con sus 65 millones de habitantes, como a un candidato posible, aunque tenga menos petróleo que Arabia Saudita, que sólo dispone de 6 millones desparrramadas en el desierto. Por eso, también, Brasil -aún sin petróleo- pueda aspirar a un rango de potencia que le está vedado a las docenas de países de uno a dos millones de población total que se fueron "independizando" en los últimos años.

## EL TEMA DE LA TRANSNACIONALIZACIÓN

El tema de la transnacionalización merece una definición previa. Es que ese nombre se está aplicando, casi indistintamente, a procesos de control de la producción de un país por empresas radicadas en otros como el efecto de la creciente similitud de los mercados de todos los países. El crecimiento y fortificación del mercado mundial, impulsado por el formidable desarrollo de las comunicaciones y transportes, está generando en todos los países una estructura similar del consumo que llevan a un modelo similar de desarrollo. El predominio de la demanda de automóviles, productos de la industria electrónica y otros bienes durables más o menos sofisticados, que se extiende aún a países de bajo desarrollo relativo, es un indicador de la internacionalización del mercado mundial pero no tiene nada que ver con la transnacionalización que definimos en primer lugar.

Para aclarar ideas, podemos decir que Japón y Alemania están creando estructuras de mercado -de oferta y demanda- muy similares a la de los Estados Unidos pero no soportan el control desde afuera que caracteriza a la industria de la mayor parte de los países subdesarrollados. En general, puede afirmarse que el control de las empresas transnacionales sobre Alemania está en retroceso y que el caso de Japón señala un predominio casi absoluto de su capital local en prácticamente todos los sectores. En otras palabras, la internacionalización de sus mercados no es igual a la transnacionalización de su actividad empresaria.

La diferencia es importante porque la internacionalización del mercado mundial es un hecho que parece muy difícil de resistir en las condiciones actuales. Un tema que merecería consideración especial frente a los proyectos de "desarrollo independiente o diferenciado" que proponen algunos países en desarrollo y que nos parecen una utopía. Salvo quizás para China, cuyos contactos con el exterior son mínimos, una política de ese tipo exigiría un gigantesco esfuerzo social unido a un tremendo poder de control de las autoridades al estilo del que prevaleció en las primeras décadas de la Rusia Soviética. Y aún la propia experiencia soviética deja poco espacio para suponer que el aislamiento y el sacrificio tengan éxito en cuanto a lograr un modelo distinto de desarrollo.

En cambio, el fenómeno del control del aparato productivo de un país por empresas de otra nacionalidad es un fenómeno político y económico que puede ser revertido por medidas políticas. La oleada de nacionalizaciones de las últimas décadas en los países menos desarrollados ha eliminado prácticamente a las empresas extranjeras de la explotación directa de los recursos naturales. En algunos casos, las medidas terminaron allí sin beneficio directo para el poseedor de los recursos porque los precios se siguen controlando desde afuera; en otros, como el petróleo, se vieron acompañados de ingentes desplazamientos de recursos desde los compradores a los proveedores que marcan un precedente histórico de carácter no igualado en el siglo XX.

Es cierto que los productores de petróleo no han logrado el control pleno de la estrategia productiva y que, en determinados planos, son las empresas transnacionales las que manejan la batuta. Pero el hecho es que el fenómeno de nacionalización ha comenzado con éxito en lo que se refiere a la transferencia de ingresos y es probable que seguirá por esas vías en la medida en que los países capitalicen las experiencias de los últimos años.

No debe descartarse, tampoco, la posibilidad de que la política de nacionalizaciones se extienda un día a la industria -como ya ocurre con las ramas básicas en algunos países de desarrollo mediano-. Las consecuencias de éste hecho son difíciles de prever pero el ejemplo basta para ubicar al proceso de transnacionalización en lo que parece ser: un fenómeno superestructural -aunque perteneciente a la esencia del modo de ser del capitalismo- que puede contrarrestarse por métodos políticos con profunda incidencia en las condiciones económicas.

## COLOFÓN POLÍTICO

La pérdida de posiciones de los Estados Unidos no es sólo un fenómeno económico. En los hechos, ese país encaró un deterioro aún más grave de su situación relativa cuando se comprobó que ya no era capaz de ser el policía mundial. A mediados de los años cincuenta, los Estados Unidos eran los únicos capaces de garantizar la seguridad de Europa Occidental y los únicos dispuestos a contener el avance comunista en el mundo. Su participación en la guerra de Corea, como sus desembarcos posteriores en el Líbano o en la República Dominicana, los presentaba como los únicos capaces de salvar al mundo. Una auténtica válvula de seguridad para casos de última instancia.

Esta posición permitía a su vez, a los Estados Unidos, a dictar su voluntad al mundo en términos militares y políticos. Era la época en que todos los países latinoamericanos firmaban el Pacto de Río de Janeiro, que las potencias europeas aceptaban la organización de la OTAN y los países del sudeste asiático de la SEATO.

Hoy esa situación se acabó. La derrota de los Estados Unidos en Vietnam demostró al mundo que ese país ya no es capaz de garantizar la seguridad del mundo. El retiro de los "marines" de las selvas del pequeño país asiático provocó una tremenda convulsión en los Estados Unidos y en el resto del mundo; desde entonces, todos se están replanteando las condiciones de su seguridad.

La plena conciencia de un hecho de esta magnitud tarda en abrirse camino por el peso de las imágenes anteriores.

Pero es un hecho inevitable que se desarrolla actualmente a nuestra vista. Europa y Japón ya no confían en los Estados Unidos y ambos se están replanteando sus relaciones con el Pentágono. Por primera vez en Europa se oyen voces que piden el retiro de las tropas norteamericanas que estacionaron allí por más de tres décadas.

Más importante, nos parece, es la respuesta de algunos países del tercer mundo. La pérdida de confianza en el posible apoyo norteamericano exige, como contrapartida, el fortalecimiento de los ejércitos locales y el impulso al desarrollo como única garantía visible de la seguridad. La consecuencia inevitable de este planteamiento es un incremento de la injerencia del poder militar en la vida política y económica en el plano interno y una creciente fricción entre los mandos locales y el Pentágono. Ambos procesos pueden apreciarse en diversos países del continente -aunque hay, sin duda, otras causas adicionales para explicarlo- y probablemente se agudizaran en los próximos años. En el mediano plazo la tendencia lógica consistirá en el crecimiento de nuevos centros económicos medianos más o menos independientes.

De manera que en el plano político aparecen las mismas fuerzas centrífugas que señalamos en el plano económico. Crecimiento de nuevos centros, intentos de independencia dentro de la necesaria interdependencia provocada por la tecnología moderna, e inevitablemente, incremento del caos a medida que aumenta el número de los que deciden.

De esto no debe deducirse una perspectiva sombría. El mundo enfrenta, es cierto, la posibilidad de hacerse añicos en una guerra nuclear pero también tiene, como nunca antes en la posguerra, un grado tal de libertad para el desplazamiento en distintas direcciones. El caos abre paso al azar, a lo impredecible; una variante inesperada a través de la cual la humanidad recobra esa libertad que pareció perder cuando todo se encontraba desde un centro único.